

LIBRO TERCERO

SUMARIO

De cómo los romanos tenían organizada la legión y los griegos la falange.—Cómo lo están los batallones suizos, é inconvenientes de imitar demasiado á la falange.—Deben adoptarse en parte la organización y las armas romanas, y en parte las griegas.—Ejército consular; cómo y de cuántos hombres estaba compuesto.—Cómo se forma el ejército para dar una batalla.—Cómo se afronta al enemigo.—Uso de la artillería en las batallas campales.—Conviene atacar á la artillería enemiga para que no pueda disparar.—Los arcabuceros y los cañones pequeños causan más daño que la artillería gruesa.—La artillería no debe impedir que se practique la antigua organización militar.—Ha de colocarse fuera de las filas para poderla manejar.—De cómo las picas dispuestas en cinco filas, bastan para contener la caballería.—Por qué la primera línea del ejército debe ser más sólida y numerosa que la segunda, y ésta más que la tercera.—De cómo las tropas que se baten en primera y segunda línea pueden, al retirarse, caber en la tercera.—Cómo han de retirarse las picas situadas en los flancos del ejército.—El primer ejercicio que deben practicar los batallones consiste en restablecer rápidamente la formación cuando se desordena.—Grados y honores; cómo han de conseguirse.—Señales de la bandera.—El segundo ejercicio debe ser mover y hacer caminar al ejército sin que se descomponga su formación.—El tercer ejercicio ha de ser el de batallas simuladas.—El cuarto, conocer las órdenes del jefe por los toques de trompetas y por la bandera.—Toques usados por los lacedemonios.—Por los cartagineses.—Por los lidios.—Por Alejandro Magno y por los romanos.—Toques que el autor propone, y cómo deben usarse.—Por qué se debe acometer al enemigo dando furiosos gritos y después combatir en silencio.

Cosme.—Puesto que mudamos de asunto, quiero sea otro el que pregunte para que no se me tache de presuntuoso, defecto que siempre he censurado en los de-

más. Abdico, pues, la dictadura y la entrego á quien de estos amigos míos quiera ejercerla.

Zanobi.—Gratísimo nos sería que continuaseis; pero, si no queréis, decid al menos quién ha de reemplazaros.

Cosme.—Dejo el encargo al Sr. Fabricio.

Fabricio.—Lo acepto de buen grado, y deseo sigamos la costumbre veneciana de que el más joven hable primero. Siendo la guerra ejercicio de jóvenes, creo que son los que deben hablar de ella con preferencia, por ser los capaces de realizarla.

Cosme.—Entonces os toca á vos, Luis. Me agrada el sucesor, y creo quedaréis satisfecho de sus preguntas. Pero volvamos cuanto antes al asunto, y no perdamos tiempo.

Fabricio.—Seguro estoy que para explicar bien cómo se ordena un ejército en el momento de una batalla, es indispensable narrar de qué modo disponían en tales casos sus tropas los griegos y los romanos. Pero como esto podéis leerlo y estudiarlo en los escritores antiguos, prescindiré de muchos detalles, fijándome solamente en lo que crea necesario imitar para el perfeccionamiento posible de la milicia de estos tiempos. Os mostraré, pues, á la vez cómo se ordena un ejército para las verdaderas batallas, y cómo se ejercita en las simuladas.

La mayor falta que puede cometer quien ordene un ejército para combatir, es formarlo con una sola línea de frente y hacer que el éxito dependa de un solo ataque. Esto nace de haber olvidado cómo en la antigüedad se disponían las líneas de batalla de modo que las de delante se reconcentraran en las de detrás, sin lo cual no se puede apoyar una línea de combate, ni defenderla, ni reemplazarla, cosas que los romanos observaban cuidadosamente.

Para explicar esta maniobra, diré que los romanos dividían las legiones en tres cuerpos, llamados astarios, príncipes y triarios. Los astarios constituían la primera línea del ejército, formándola varias filas sólidamente apiñadas. Detrás de ellos estaban los príncipes en orden más abierto, y en última línea los triarios tan espaciados, que, en caso necesario, podían mezclarse con ellos los príncipes y los astarios. Tenían, además, los honderos y los ballesteros y otros soldados armados á la ligera, que no estaban en las filas, sino puestos al frente del ejército entre la caballería y la infantería.

Esta infantería armada á la ligera comenzaba la batalla; si era vencedora, lo que ocurría raras veces, continuaba la victoria, persiguiendo al enemigo; si rechazada, retirábase por los flancos del ejército y por los intervalos dispuestos al efecto, situándose á retaguardia. Entonces entraban en lucha los astarios, y, si no podían resistir al enemigo, se retiraban poco á poco pasando por los claros de las filas de los príncipes detrás de ellos y, unidos con éstos, renovaban el combate. Si astarios y príncipes eran rechazados, retirábanse á la línea de los triarios, ocupando los intervalos que en ella había, y todos juntos, formando una masa, renovaban la lucha. Si entonces eran vencidos, la batalla estaba perdida, porque ya no había medios de rehacerse.

La caballería se situaba á los flancos del ejército, como si fuera las dos alas de un cuerpo, y combatía á caballo ó á pie, según las necesidades del momento.

Este método de rehacerse tres veces hace casi imposible ser derrotado, pues para ello es preciso que por tres veces os abandone la fortuna y que el enemigo sea valeroso hasta el punto de venceros tres veces.

Los griegos no tenían en sus falanges este modo de rehacerse, y, aunque había en ellas muchos jefes y muchas

líneas, formaban un solo cuerpo ó cabeza. Los combatientes se reemplazaban, no como los romanos, retirándose una línea á la que tenía detrás, sino sustituyendo un hombre á otro de este modo: cuando la falange formada en filas, supongamos que de cincuenta hombres de frente, atacaba al enemigo, las seis primeras filas podían combatir, porque sus lanzas, llamadas *sarisses*, eran tan largas, que las de la sexta fila pasaban la punta sobre la primera. El que caía muerto ó herido durante el combate, estando en la primera fila era inmediatamente reemplazado por el que estaba á su espalda en la segunda; sustituía á éste el puesto tras él en la tercera, y así sucesivamente; de modo que, en un momento, las filas de la espalda rehacían las de delante, que siempre estaban completas, sin que quedase vacío ningún puesto de combatiente, excepto en la última fila, que poco á poco iba disminuyendo por no tener á su espalda quien cubriese las bajas. De esta suerte las ocasionadas en las primeras filas resultaban en la última, y aquéllas estaban siempre completas. Con tal organización era más fácil consumir la falange que dispersarla, porque su espesor la convertía en cuerpo inmóvil.

Empezaron los romanos por imitar la falange, é destruyeron á sus legiones á semejanza de aquélla. Después les disgustó esta organización y dividieron las legiones en diferentes cuerpos, esto es, en cohortes y manipulos, por haber comprendido, según dijimos antes, que las agrupaciones militares eran tanto más vigorosas cuanto de más partes se componían, de modo que cada cual de éstas se rigiera por sí misma, contribuyendo á la unidad del impulso.

Los batallones suizos imitan ahora á las falanges lo mismo en la formación gruesa y maciza que en la sustitución individual de los soldados, y, al dar las bata-

llas, ponen un batallón al lado del otro. Como si colocaran alguno detrás, de otro, éste, al retirarse, no podría entremezclarse en las filas de aquél, á fin de que se ayuden el uno al otro, les colocan uno delante y otro detrás, pero á la derecha del anterior, de modo que, si el primero necesita apoyo, el segundo avanza á socorrerlo. El tercer batallón lo ponen detrás de los dos anteriores, pero á distancia de un tiro de arcabuz. Hacen esto para que, si son rechazados los primeros, avance el tercero sin tropezar con los que se retiran; porque una fuerza numerosa y en masa no se incorpora en otra igual como un pequeño cuerpo de tropas; por ejemplo, los tres distintos que formaban la legión romana, los cuales podían colocarse de modo que los de delante se unieran fácilmente á los de la espalda.

Que la organización del ejército suizo es inferior á las de las tropas romanas, lo demuestran muchos ejemplos de batallas, en las cuales las legiones de Roma aniquilaron siempre á las falanges griegas; porque la de las legiones y su manera de rehacerse era, como he dicho, muy superior á la solidez de la falange.

Por estos ejemplos opino que los ejércitos modernos deben formarse aprovechando en parte la organización y las armas de la legión romana, y en parte de la falange griega y propongo para mi brigada dos mil picas, que es el arma de la falange, y tres mil con escudo y espada, que son las de la legión; divido la brigada en diez batallones, como los romanos dividían la legión en diez cohortes; organizo los vélites, es decir, la infantería ligera, para que combatan como combatían los suyos, y del mismo modo que tomo y mezclo las armas de griegos y romanos, aprovecho de ambas las organizaciones, disponiendo que cada batallón tenga cinco filas de picas al frente, y las demás sean de escudos para poder con el frente resistir á la caballería y penetrar

fácilmente en las filas del enemigo á pie, puesto que en el primer choque tengo, como él, á los piqueros para contenerle, y después los escudados para vencerle.

Si fijáis vuestra atención en dicho orden de batalla, veréis que cada cual de estas armas se emplea para lo que es útil; porque las picas lo son contra los caballos, y aun empleadas contra la infantería, desempeñan su misión antes de que la lucha llegue á ser cuerpo á cuerpo, en cuyo caso son inútiles. Para remediar este inconveniente, ponen los suizos detrás de tres filas de picas una de alabardas, á fin de dejar espacio á las primeras; pero esto no es suficiente. Colocando nuestras picas delante y los escudados detrás, con aquéllas se resiste á la caballería, al empezar el combate molestan y desordenan la infantería enemiga, y cuando resultan ineficaces, porque la lucha es cuerpo á cuerpo, las reemplazan los soldados con escudo y espada, quienes pueden manejarse en la confusión de la más empeñada pelea.

Luis.—Impacientes estamos por saber cómo formaréis para librar batalla un ejército ordenado y armado según vuestro sistema.

Fabricio.—Os lo voy á explicar. Ya sabéis que en un ejército romano ordinario, llamado ejército consular, sólo había dos legiones de ciudadanos romanos, ó sean seiscientos caballos y unos once mil infantes. Unían á éstos otros tantos infantes y caballos que les enviaban sus aliados y confederados, los cuales dividían en dos porciones, llamadas cuerno derecho y cuerno izquierdo, no permitiendo nunca que la infantería auxiliar excediera en número á la de las legiones, pero sí que la caballería fuese más numerosa. Con este ejército de veintidos mil infantes y unos dos mil caballos útiles, realizaba un cónsul todas sus empresas y combatía al enemigo. Cuando éste era muy poderoso, los dos cónsules reunían sus ejércitos.

Advertid que en las tres principales operaciones hechas ordinariamente por un ejército, caminar, acampar y combatir, ponían las legiones en medio, queriendo que la fuerza, en la cual más confiaban, estuviera siempre unida, según demostraré al hablar de cada una de las citadas operaciones.

La infantería auxiliar, por la práctica que adquiría al lado de la infantería legionaria, era tan útil y disciplinada como ésta, y como ésta también se la ordenaba para dar la batalla; de modo que quien sabe el orden de batalla de una legión, sabe el de todo el ejército; y habiendo ya dicho que formaba tres líneas y cómo se rehacían entrando unas en otras, se conoce la disposición general del ejército formado en batalla.

Queriendo yo preparar el combate á semejanza de los romanos, como ellos tenían dos legiones, tomaré dos brigadas, y como disponga éstas quedará dispuesto todo el ejército, porque las fuerzas que agregue tendrán por único objeto hacerle más numeroso. No creo necesario recordar cuántos infantes tiene una brigada, que consta de diez batallones, el número de jefes de cada batallón, y las armas, los piqueros, los vélites ordinarios y extraordinarios, porque detalladamente lo dije hace poco, advirtiéndole que no lo olvidarais por ser cosa indispensable para comprender todas las maniobras. Continuaré, pues, la explicación sin detenerme en estos detalles.

Opino que los diez batallones de una de las brigadas se pongan en el flanco izquierdo, y los otros diez en el derecho, organizando las del izquierdo del modo siguiente: Sitúo cinco batallones, uno al lado del otro, de frente, de modo que entré ellos quede un espacio de cuatro brazos, y así ocuparán ciento cuarenta y un brazos de terreno á lo ancho, y cuarenta de fondo. Detrás de estos cinco batallones pondré otros tres, sepa-

rados en línea recta de aquellos cuarenta brazos. Dos de éstos se colocarán enfilados detrás de los dos que hay en los extremos de la primera fila, y el otro en medio, ocupando, por consiguiente, estos tres el mismo espacio en anchura y fondo que los cinco primeros, salvo que la distancia de cuatro brazos entre cada uno de los cinco será de treinta y tres entre cada uno de los tres. Los dos últimos batallones los sitúo detrás de los tres, á cuarenta brazos de distancia en línea recta, cada uno de ellos enfilados con los de los extremos de los tres, y dejando entre ellos un espacio de noventa y un brazos. Ocuparán, pues, los batallones así dispuestos ciento cuarenta y un brazos de ancho y doscientos de fondo. Á distancia de veinte brazos por el flanco izquierdo de estos batallones pongo las picas extraordinarias, que forman ciento cuarenta y tres filas de á siete hombres, de modo que con su extensión cubren todo el flanco izquierdo de los diez batallones dispuestos como he dicho. Destinaré cuarenta filas á la custodia de furgones y hombres sin armas puestos á retaguardia. Los decuriones y centuriones ocuparán los respectivos puestos, y de los tres condestables pondré uno al frente, otro en medio y otro en la última fila, el cual desempeña igual cargo que el *tergiductor* de los romanos, quienes daban este nombre al jefe puesto á retaguardia de las tropas.

Volviendo á la cabeza del ejército, pondré junto á las picas extraordinarias los vélites extraordinarios, que sabéis son quinientos, y ocuparán un espacio de cuarenta brazos. Al lado de éstos, á mano izquierda, situaré los hombres de armas en ciento cincuenta brazos de terreno, y después la caballería ligera en un espacio igual al de los hombres de armas. Dejaré los vélites ordinarios alrededor de sus batallones respectivos en los intervalos que separan unos de otros, quedando como

auxiliares de éstos, á no ser que los ponga detrás de las picas extraordinarias, lo cual haré ó no, según me convenga. El general de la brigada le colocará entre la primera y segunda línea de los batallones ó al frente, en el espacio entre el último batallón de los cinco de la primera línea y las picas extraordinarias, conforme las circunstancias lo aconsejen, rodeándole de treinta ó cuarenta hombres elegidos por su inteligencia para comunicar una orden, y por su intrepidez para rechazar un ataque. Junto al general estarán la bandera y el trompeta.

En esta forma dispondré la brigada de la izquierda, ó sea la mitad del ejército, ocupando un espacio de frente de quinientos once brazos y el fondo antedicho, no contando el sitio de las picas extraordinarias destinadas á proteger la impedimenta, que será de unos cien brazos.

La otra brigada se colocará á la derecha de la anterior, del mismo modo que he dispuesto la de la izquierda, dejando entre ellas un espacio de treinta brazos, á cuyo frente pondré algunas piezas de artillería, y tras ellas el general en jefe del ejército, teniendo junto á él, además de la bandera capitana y del trompeta, lo menos doscientos hombres elegidos, la mayoría á pie, y entre ellos diez ó más capaces de ejecutar cualquier orden, armados de modo que puedan ir á caballo ó á pie, según sea necesario.

Para el ataque de plazas bastan al ejército diez cañones, que no deben pasar de un calibre de cincuenta libras, y en campaña me serviré de ellos, mejor para defender los campamentos que durante la batalla. La demás artillería será más bien de calibre de diez que de quince libras, y la pondré al frente de todo el ejército si el terreno no permite que la sitúe en los flancos de un modo seguro y donde no pueda atacarla el enemigo.

Este orden de batalla permite combatir como las falanges griegas y como las legiones romanas, porque al frente están las picas y la infantería en apretadas filas, de suerte que, al venir á las manos con el enemigo, pueden, como las falanges, reemplazar las bajas de la primera fila con los que están detrás. Por otra parte, si la primera línea es rechazada en desorden, puede replegarse á la segunda, ocupando los intervalos entre los batallones que la forman y, unida con éstos, constituirá cuerpo sólido para detener el empuje del enemigo y rechazarlo. Si esto no basta, pueden replegarse á la tercera línea y combatir desde ella; hay, pues, en el modo de pelear y en el de rehacerse algo de la organización militar griega y de la romana.

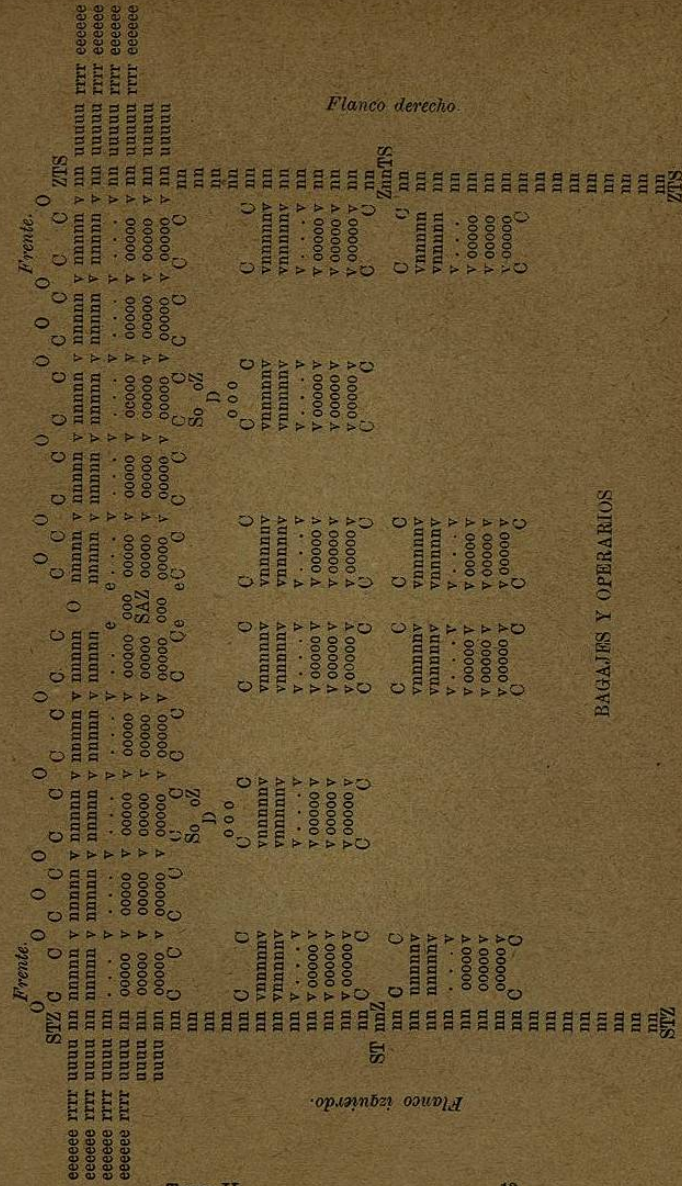
En cuanto á la fortaleza del ejército, no existe formación más sólida, pues de uno á otro extremo está provisto de jefes y de armas, no quedando débil más que la retaguardia, donde están los bagajes y operarios, y aun éstos van flanqueados por un destacamento de picas extraordinarias. El enemigo no puede atacar por ningún punto sin encontrar seria resistencia, pues el ataque no será por retaguardia á causa de no haber nunca enemigo con fuerzas tan numerosas que pueda acometer por todos lados; que, si así fuera, no emprenderíais campaña contra él. Aun siendo tres veces más numeroso que vuestro ejército y tan bien organizado, debilitaría sus líneas al querer envolveros, y, rotas por cualquier punto, todo le saldría mal.

Respecto á la caballería, aunque la del enemigo fuera mucho mayor que la vuestra, podéis estar seguro de que las picas, dispuestas como he dicho, os defenderán del ímpetu de los caballos, aun en el caso de que vuestra caballería fuese batida.

Los oficiales están colocados de modo que fácilmente pueden recibir y transmitir órdenes.

El espacio que media entre los batallones y entre las líneas de batalla, no sólo sirve para la concentración de las fuerzas, sino para el paso de los que comunican las órdenes del general.

Figura 4.ª.—Disposición de un ejército formado en batalla.



Como os he dicho antes, los romanos formaban sus ejércitos de unos veinticuatro mil hombres y así deben ser éstos; y de igual manera que los soldados auxiliares aprendían á combatir y á maniobrar de las legiones, los que unáis á vuestras dos brigadas deben adiestrarse con su ejemplo é imitar su organización; cosa fácil porque, aumentando al ejército otras dos brigadas ó tantos soldados como forman las dos primeras, basta con duplicar la formación, y donde se colocan diez batallones, á la izquierda poner veinte, engrosando ó extendiendo las líneas, según lo exijan la naturaleza del terreno ó la índole del enemigo.

Luis.—En verdad, señor, imagino el ejército como si lo viese y experimento ardiente deseo de verle pelear. No quisiera por nada en el mundo que fueseis en este caso Fabio Máximo, y, como él, procuraseis estar á distancia del enemigo, evitando la batalla, pues en tal caso, peor que hablaba el pueblo romano de Fabio, hablaría yo de vos.

Fabicio.—No lo temáis. ¿No ois la artillería? La nuestra ha disparado ya, pero sin causar mucho daño al enemigo. Los vélites extraordinarios y la caballería ligera avanzan y se esparcen atacando con gran furia y gritando cuanto pueden. La artillería enemiga ha hecho una descarga, y sus proyectiles, pasando por encima de nuestros soldados, no han causado daño. Para que no pueda hacer nueva descarga, ved á los vélites y á la caballería que se echan sobre ella y que el enemigo avanza para defenderla, de modo que ni su artillería ni la nuestra pueden ya prestar ningún servicio en la lucha. Ved con cuánto valor combaten los nuestros y con cuánta disciplina, por lo ejercitados que están y por su confianza en las tropas que les siguen, las cuales á paso regular y llevando á sus flancos los hombres de armas adelantan contra el enemigo. Ved á nuestra artillería

que, para dejar el espacio libre, se retira por el sitio de donde partieron antes los vélites. Ved al general animando á los suyos y mostrándoles segura la victoria. Ved á los vélites y á la caballería ligera yendo y viniendo por los flancos del enemigo para observar si hay por donde causarle daño.

Se ha llegado á las manos. Mirad con cuánto valor y cuán silenciosamente ha sostenido nuestro ejército el choque del enemigo y cómo el general ordena á los hombres de armas que estén firmes y no carguen, sin apartarse de la línea de la infantería. Mirad cómo nuestra caballería ligera cae sobre un pelotón de arcabuceros enemigos que iban á atacarnos por el flanco y cómo la caballería contraria viene en su auxilio, de modo que, entremezclados los caballos de ambas fuerzas, no pueden los arcabuceros disparar y retirarse detrás de sus batallones. Mirad con cuánta furia atacan nuestras picas y, cómo, estando ya tan inmediatos los soldados de ambos ejércitos, no pueden manejar esta arma, de suerte que nuestras picas, practicando la maniobra que se les ha enseñado, se retiran lentamente detrás de los escudados. Mirad cómo entretanto un numeroso escuadrón enemigo de hombres de armas rechaza á nuestros hombres de armas de la izquierda, quienes, conforme á las reglas prescritas, se han retirado detrás de las picas extraordinarias, con cuyo auxilio hacen de nuevo frente, rechazando á los adversarios y matando muchos.

Entretanto todas las picas ordinarias de los primeros batallones se han puesto á retaguardia de las filas de los escudados, dejándoles el cuidado de continuar el combate y mirad con cuánto valor y cuán segura y fácilmente destrozan al enemigo. ¿No advertís cómo, durante el combate, se han estrechado tanto las distancias que apenas se puede manejar la espada? Los enemigos